

Años de af
J. C.

Tom. II. pág. 109.

GODOS EN ESPAÑA.

595.

hijo natural de Alari-
por los señores de la
suceder á su padre el
cae en manos de los sol-
clodorico, que le quitan
r.
otro hijo de Alari-
baxo la tutela de Teo-
buelo materno, hasta
época de su exáltacion
derrotado por Childe-
Francia, y muerto por

REYES DE FRANCIA.

Despues de la muerte
de Clodoveo se divide el
reyno entre sus quatro hi-
jos, que reynan á un mis-
mo tiempo, es á saber:
Thierris en Metz: Clodo-
miro en Orleans: Childe-
berto en París: Clotario en
Soison. Este último sobre-
vive á sus hermanos, re-
une toda la monarquía, y
muere en el mes de Noviem-
bre de 661.

HISTORIA ECLESIÁSTICA

GENERAL

Ó SIGLOS DEL CHRISTIANISMO

EN SU ESTABLECIMIENTO Y SUS PROGRESOS.

SIGLO SEPTIMO.

ARTÍCULO PRIMERO.

Estado político del Oriente y del Occidente en este siglo.

Focas, asesino del desgraciado Mauricio, y usurpador del imperio, á principios del presente siglo conduxo al trono todos los vicios que antes de él habian hecho abominar á tantos monstruos, cuyos nombres ni aun se pueden pronunciar sin horror. Una figura grosera y chocante, una vista feroz, modales torpes y brutales, un lenguaje toscos; finalmente, todo en él anunciaba una alma ruin, cruel y depravada, atroz en la venganza, infame en los deleytes, vil y despreciable en toda su conducta, no supo sino cometer maldades, sin que los hombres, á quien no cesaba de maltratar, descubriesen en él calidad alguna que pudiese disminuir el odio y menosprecio que les habia inspirado. Con tanta facilidad derramó la sangre del pueblo que murmuraba altamente de su tiranía, como la de los grandes, cuyas conjuraciones no cesaba de temer. Nar es el único de sus generales que hubiera podido oponerse á los enemigos del estado, se habia huido á los persas para libertarse de sus caprichos. Focas empleó todos los medios para recobrarle; no con el designio de valerse altamente de su talento, como debiera, sino á fin de hacerle perecer ignominiosamente en el suplicio. Vencido por todas partes, detestado de sus vasallos, y expuesto á caer de qualquier revolucion repentina de un trono adonde el crimen le habia

elevado, no por eso refrenó sus vicios, depravaciones y crueldades. En fin, no pudiendo el pueblo sujetarse mas á las leyes de un tirano tan odioso, llamó á Eraclio, general del ejército de Africa, no solo para socorrer el imperio que amenazaba ruina, sino tambien para ser escudo de los ciudadanos, que freqüentemente eran degollados á millares en medio de las fiestas y los espectáculos. A esta noticia Focas tan cobarde como malvado corrió á esconderse en su palacio; pero un hombre, cuya esposa habia ultrajado, le arrancó de su asilo, entregándole á Eraclio, que le hizo cortar la cabeza: ligero castigo para tantos crímenes con que se habia manchado.

A su arribo al trono de los césares mostró Eraclio todas las buenas calidades que constituyen un gran príncipe y un héroe. Si en los once postreros años de su vida hubiera desempeñado los cargos de su augusto ministerio con el esplendor sucesivo y heroísmo que en el curso de los veinte primeros, su reynado hubiera sido mas glorioso que los tan celebrados de Theodosio y de Constantino. Halló las cosas en el estado mas lastimoso: el imperio se veia abandonado á los persas vencedores, que se habian hecho dueños de todas las provincias romanas de la Asia, destruido á Jerusalem, conquistado á Alexandría, saqueado á Antioquía, y se abanzaban hasta las puertas de Constantinopla. Aniquilaba el hambre todo lo que habia escapado del hierro ó del fuego, y la peste arrebatava el infeliz resto de los extenuados ciudadanos. Desmayado el pueblo con tantas calamidades, y fatigados de padecer baxo unos dueños tan injustos como bárbaros, no reconocian ya su misma patria. Del qué talento no necesitaba Eraclio? Quántos recursos no tuvo menester de hallar en sí mismo para sacar el estado del profundo abatimiento en que yacia; reparar los pasados desastres, y humillar al soberbio Chósroas, que se jactaba de llevar hasta la misma Constantinopla el culto del sol? Sin embargo supo Eraclio executar todo esto, á pesar de los obstáculos de toda especie que tuvo que superar. Su valor que parecia crecer á medida de las dificultades, su actividad que le hacia presente en todas partes, su animosidad que no conocia los peligros, su prudencia que parecia hacerle superior á todo acontecimiento, y su talento para gobernar á los hombres, para emplearlos segun su capacidad, para ganar la inclinacion de las tropas y hacerse es-

timar del ciudadano, le elevaron sobre todo lo que se oponia á sus proyectos, proporcionándole veinte años de victorias. La fortuna de Chósroas XII. tuvo que ceder á la suya. Este despota tan temido en todo el Oriente pagó con una muerte violenta los males que habia causado al imperio, y su primogénito Siroes que se habia sublevado contra él por haber preferido á Mardasanes, su hijo segundo, habiendo hecho la paz con los romanos, les restituyó quanto habian perdido durante este reynado y el precedente. Hubiera Eraclio puesto el colmo á su gloria, si en vez de dexarse dominar de los placeres, se manifestara tan héroe contra los sarracenos como contra los persas; pero el amor al descanso y la confianza que le inspiraban sus laureles, le hicieron descuidar de los nuevos enemigos que conquistaron la Siria y el Egipto. Eraclio llegó á hacerse tan diferente de sí mismo, como lo habia sido de Focas en sus años gloriosos, acabando por ser tributario de los musulmanes, cuya potencia que habia visto nacer de un dia á otro, se engrandecia diariamente á costa del imperio. Murió este príncipe de hidropesía en el año de 641, el sesenta y seis de su edad, y treinta y uno de su reynado.

La Persia, el Egipto, la Siria, la Palestina y otras muchas regiones del Oriente, que hacian parte del imperio, estaban en poder de los sarracenos, quando Constantino III. subió al trono junto con su hermano Eracleonas, conforme á la última voluntad de su padre Eraclio. El primero de estos dos príncipes vivió demasiado poco para poder formar juicio de su capacidad para reynar; habiendo muerto cerca de tres meses despues de su arribo al solio. El llanto que el pueblo derramó sobre su sepulcro es un testimonio de las esperanzas que habian tenido de él y de las virtudes que manifestaba. Eracleonas gobernado por la emperatriz Martina su madre, dexó de ser amado apenas empezó á reynar por causa de su tutora, que abusó del poder ántes que estuviese asegurado en sus manos. Fué general el descontento: el magistrado, el pueblo y el ejército se sublevaron á un mismo tiempo contra hijo y madre; depusieron á Eracleonas, y cortándole la nariz y á su madre la lengua, los desterraron. Constantino II., hijo de Constantino III. y sobrino de Eracleonas, á quien se habia visto obligado á declarar por Augusto, quedó único

dueño del imperio. No tenia calidad alguna que le hiciese digno de reynar; cobarde, avaro, cruel, insensible á las pérdidas del estado y á los progresos de los sarracenos, se entregaba á los asuntos de la religion, á la molicie y á los deleytes; oprimía al pueblo; despojaba las Iglesias por saciar su avaricia; hacia perecer á los grandes en los suplicios; asesinó á su propio hermano temiendo perder el imperio; y perseguia á los católicos por un falso zelo. El estado sin recurso y sin fuerzas por de dentro se debilitaba, por de fuera con las nuevas conquistas de los árabes ó sarracenos. Acabaron de sojuzgar la Africa, sometieron á sus leyes las islas de Chipre y de Rodas, inundando hasta las mas cercanas provincias de la capital del imperio, y amenazando á la misma, sin que por eso Constante saliese de su cobarde indolencia. Abandonó á Constantinopla para fixar su residencia en Roma, no dexándose ver en esta antigua metrópoli del mundo sino para arrebatat todas sus preciosidades que hizo transportar á Siracusa, en donde habia resuelto establecerse. Odioso á todo el mundo por sus extorsiones y crueldades, tuvo el fin de los tiranos, tal como habia vivido, habiendo sido muerto en un baño en el año 668 á los treinta y ocho de edad, y cerca de veinte y siete de reynado. Todos celebraron su muerte; y esto acaba de darnos la mas completa idea de él.

Constantino, por sobrenombre Pogonato ó el Barba-do, tomó las riendas del imperio luego que supo la muerte de Constante su padre. Marchó contra el armenio Mizizol, á quien habian puesto á su frente los conjurados con el título de emperador; y alcanzándole en Sicilia, le ataca, le derrota y le mata: la calma se restableció, y consolidó su autoridad por esta victoria, que le concilió la estimacion del pueblo y el amor de las tropas. Sin mucho talento era valeroso, y sostenia con firmeza las fatigas de la guerra: hizo frente á los sarracenos durante casi todo su reynado, y si no les ganó lo que habian conquistado á los romanos, suspendió á lo ménos el curso de sus victorias, la proteccion que dispensó á la Iglesia, y su zelo por la fe le merecieron de parte de los escritores católicos unos elogios, que hubiera merecido mejor, si una política cruel, de que en lo sucesivo veremos tantos exemplos, no le hubiera hecho verdugo de sus hermanos que sacrificó á su tranquilidad. Murió este príncipe en el año 685 despues de haber

reynado diez y siete, dexando el imperio á Justiniano II. su hijo de diez y seis años.

El nuevo emperador, jóven, presuntuoso, sin talento y sin política, falto de experiencia comenzó su reynado, adquiriendo algunas ventajas sobre los enemigos del imperio; continuó con errores innumerables, dispendios ruinosos, crueldades inauditas, y acabó siendo el horror de sus vasallos. Cegado y deslumbrado por la victoria que ganó á los esclavones, creyó que todas las naciones iban á rendirle homenaje, y miró las ofertas de los sarracenos que pedian la paz baxo condiciones ventajosas á los romanos, como efecto de su temor: pero esta presuncion labró su ruina, y los conquistadores, cuyas proposiciones habia despreciado con tanto orgullo, estrecharon mas y mas los límites del imperio con nuevos progresos. Aborrecido como los nerones y como los calígulas, mas exêcrables que ellos, concibió un horroroso designio, que aquellos monstruos tan hábiles para inventar crueldades no habian podido imaginar: este fué hacer perecer en una sola noche todos los habitantes de Constantinopla; pero se descubrió el intento. Leoncio, á quien habia resuelto perder, sublevando quantos pudo hallar en la ciudad aptos para tomar las armas, marchó en derechura á palacio, se apoderó del tirano, cuya muerte pedia el pueblo á grandes voces, le hizo cortar la lengua y las narices, y desterrándole á Chêrsona en la Crimea, subió al trono entre las generales aclamaciones el dia mismo que Justiniano debia executar su abominable proyecto. El enuco Estevan y el monge Theodosio apóstata, ministros de sus vexaciones y maldades, fueron entregados al pueblo que los hizo quemar vivos, digno castigo de sus rapiñas y de sus crímenes.

Habia mostrado Leoncio gran talento para la guerra, ántes de ser elevado á la púrpura; lo qual habia causado la envidia que Justiniano le tenia, y la resolucion que habia concebido de perderle. Leoncio era tenido por prudente, afable y humano. Con estas apreciables calidades ascendió al trono, y tal vez le hubiera asegurado si mas tiempo le hubiera poseido. Pero una nueva revolucion le precipitó de él ántes de cumplirse el quarto año de su reynado; pareciendo no haber sido entronizado sino para ser testigo de nuevas infelicidades del imperio, y de los continuos progresos que hacian los sarracenos, cuya potencia

se aumentaba de día en día. Tuvo Leoncio la misma suerte que Justiniano II., ultrajado, mutilado y cargado de cadenas, fué desterrado al monasterio de san Dalmacio.

Si el Oriente no presentaba sino una serie de calamidades, de rebeliones, de crueles suplicios, de revoluciones sangrientas y de crímenes, no ofreció el Occidente un espectáculo ménos lastimoso para la humanidad. La Italia estaba despedazada por las continuas guerras de los príncipes longobardos que procuraban engrandecerse, y los exárcos que hacían los últimos esfuerzos para conservar á los emperadores lo poco que les quedaba en el antiguo país de los romanos. Los soberanos de Constantinopla estaban demasiado distantes, demasiado embarazados con los manejos de su corte, con las guerras extrangeras y sus placeres, para velar sobre unos ministros que se hallaban en unas circunstancias en que la fidelidad hubiera sido un prodigio de virtud: de este modo los exárcos, afectando la dependencia, se habían hecho una especie de soberanos que no obraban con otra mira que la de sus intereses; faltándoles solo para ser verdaderos monarcas poseer por herencia el exárcado, y transmitirle en patrimonio á sus descendientes. Si se ha de juzgar de ellos por lo que refiere san Gregorio en sus cartas, eran mas bien tiranos de la Italia, que sus defensores. A pesar de su autoridad pudieron difícilmente los exárcos contrarestar á la fortuna de los lombardos que hubieran llegado á conquistar toda la Italia, si las divisiones que entre ellos mismos suscitaron no hubieran suspendido sus progresos. Rotharis fué el mas célebre de estos príncipes, no tanto por haberse apoderado de todas las plazas que tenían los emperadores griegos, desde los alpes Cottienos hasta la Toscana, quanto por haber reducido á forma de leyes las costumbres informes y variables de los lombardos, formando un código de ellas que se publicó en una asamblea general de la nación, para que sirviese en lo sucesivo de regla á los tribunales.

Además de los reyes lombardos y de los exárcos, que tenían el mayor poder en Italia, y que se disputaban la superioridad, había tambien en esta parte de la Europa algunas pequeñas soberanías que habían tenido su origen en el siglo precedente, y cada día se iban aumentando. Tales eran los duques de Friul, Spolito y Benevento, y la señoría de Venecia, que había de ser algun día la potencia

mas formidable de la Italia por sus armadas, su comercio y sus posesiones en tierra firme. Elegía ya un dux para ser gefe del gobierno político en la paz, y su general en la guerra.

En medio de estas vicisitudes que hacían variar tan diversamente los intereses públicos y privados, se hallaban los pontífices de Roma en una situacion embarazosa y del mayor riesgo. Estaban colocados entre los emperadores de Constantinopla, príncipes distantes, casi desconocidos, y á quienes solo restaban vanas pretensiones sobre su antiguo dominio en Italia, los exárcos de Ravena, que sin consultar á sus soberanos solo pensaban en extender su autoridad, ó el labrar los cimientos de su propia grandeza; y los reyes lombardos, que sin interrupcion seguían el plan de conquista, que desde el tiempo de su invasion se habían propuesto; era muy difícil conservar un perfecto equilibrio en medio de estas potencias rivales, tanto mas, quanto la confusion que resultaba de esta misma rivalidad, obligaba á los papas á inxerirse en los negocios temporales. Las elecciones eran frecuentemente turbadas, y los ambiciosos se valían de la proteccion, ya del exárcos, ya del príncipe lombardo, para hacerse dueños de la santa sede, segun las circunstancias que hacían al uno ó al otro mas á propósito para favorecer sus designios. No podía esto verificarse sin detrimento del buen orden, y los tesoros de la Iglesia se empleaban en pagar la proteccion, que los que deseaban honores en el santuario habían solicitado. Los papas como san Gregorio, san Martin, san Agathon, san Leon II. que tenían el espíritu de su estado, y que no se mezclaban en las cosas temporales, sino quando los empeñaba en ello el bien de la Iglesia, no dexaron por eso de verse en asuntos difíciles de manejar. Necesitaban toda la prudencia que debe caracterizar á los primeros pastores, para conservarse en este puesto tan resbaladizo como eminente, sin comprometerse y suscitarse desagradables disputas. Esto sin duda dió lugar á que los pontífices de Roma pensasen en reunir en sus manos el poder temporal y la autoridad espiritual, quando las circunstancias facilitaron la execucion de este proyecto.

La Africa estaba aun baxo el dominio de los emperadores de Constantinopla á principio de este siglo, la gobernaban un exárcos y un prefecto, y en lo espiritual depen-

dia del pontífice romano, como parte del gran patriarcado de Occidente: ya hemos visto que los sarracenos habian llevado sus armas por aquel lado, y que habian hecho grandes progresos. Al principio parecia no tener otro designio que saquear y hacer esclavos; pero despues se dedicaron á hacer conquistas mas ventajosas. Sus victorias en esta parte del mundo fueron muchas veces suspendidas por treguas con los emperadores, y continuadas por nuevas rupturas. Pero finalmente, baxo el reynado de Leoncio volvieron á atacar con fuerzas tan superiores, que los exercitos romanos no pudieron impedirles se estableciesen allí para siempre. Han poseido desde entónces los musulmanes esta bella porcion del imperio, arrojando de ella las artes, las ciencias y el christianismo. La ignorancia y la estupidez se arraigaron allí tan profundamente, que esta infeliz region aun al presente se conoce por el nombre de berbería, la misma que en otro tiempo fué cuna de tantos famosos guerreros, de hombres cultivados, y de escritores célebres en las letras divinas y humanas.

La España disfrutó bastante tranquilidad durante este siglo, á excepcion de algunas revoluciones motivadas regularmente de los zelos y la ambicion de los grandes. El orden sucesivo de los príncipes visogodos que reynaban en esta parte de la Europa, continuó con bastante regularidad desde Recaredo que terminó su glorioso y pacífico reynado en el año 601, hasta Egica que acabó el suyo despues de una dulce y sabia administracion en el año 700. Ellos sabian al trono por la eleccion de los grandes. El nacimiento era una recomendacion poderosa para con ellos, pero no bastante para ganar precisamente sus votos; era forzoso que el hijo de un monarca reuniese á esta calidad el talento y las virtudes, ó á lo ménos alguna prenda equivalente; si se suscitaban turbaciones, ya en los interregnos, ya quando los soberanos excitaban contra sí descontentos, cuyas resultas podian ser desagradables; como la religion servia casi siempre de pretexto para tomar parte en estos acaecimientos, la autoridad de los obispos restablecia luego la quietud. Estas pasageras borrascas producian tambien la ventaja de que siendo ordinariamente seguida de asambleas eclesiásticas, se admitian en ellas á los grandes, y se hacian útiles reglamentos para el bien público. La mayor parte tenian por objeto la reforma de los abusos, la con-

servacion del buen orden, la seguridad de los soberanos y mantener á los grandes, y el pueblo en sus derechos y inmunidades. Reynando uno de estos príncipes llamado Suintila, que arribó al trono en el año de 621, acabaron de perder los romanos lo poco que les quedaba de esta parte de acá de los Pirineos, siendo este monarca el primero que reunió toda la España baxo su dominio; por tanto su nombre es uno de los mas célebres en las crónicas, y otros monumentos antiguos de la nacion.

La Francia dividida en muchos reynos, y teniendo á veces tres ó quatro soberanos, aun no podia lograr una administracion regular y un estado tranquilo. Los reyes de Neustria, Austrasia y Borgoña, aunque parientes inmediatos, y aun muchas veces hermanos, estaban en continua guerra para despojarse mutuamente, ó solo para maltratarse. Unas veces por ambicion, otras por venganza, y mas freqüentemente por un espíritu turbulento, se armaban los unos contra los otros. A pesar de la trágica suerte de Bruneuilla, muger orgullosa y cruel, culpada de haber hecho perecer diez reyes (a), el espíritu de traicion y de dolo que habia acompañado siempre su conducta, regló por largo tiempo la politica de aquellos gobiernos bárbaros: todavia carecian de las luces necesarias para conocer que la division de los intereses y del poder era la causa de los zelos, de las invasiones, y de todos los males que llevan tras sí una ambicion sin límites y un gobierno desarreglado. Sin embargo, debieran haberles desengañado los sucesos. Dos veces despues de la muerte de Clodoveo se vió reunida la Francia baxo un solo dueño, siendo entónces quando la administracion adquirió mas vigor y mas uniformidad. Se hubo de observar en ella un movimiento mas regular, un rumbo mas igual y mas bien seguido, en una palabra, aquel conjunto y armonia que en los cuerpos políticos, como en los organizados, es el efecto de un solo y único principio de actividad; pero los entendimientos demasiado groseros y muy poco meditativos, ni consultaban á la experiencia ni á la observacion. Seguir la costumbre era lo mas facil; se siguió, pues, y las desmembraciones, á pesar de los males que causaban, se repitieron durante la se-

(a) Muchos autores graves defienden á esta princesa de los excesos que el abate Ducreux y otros le atribuyen. Véase á Mariana, Feijoo, Isla, &c.

gunda rama siempre que los reyes dexaban á su muerte muchos hijos.

Entre la multitud de príncipes que ocuparon en el séptimo siglo los diferentes tronos de la Francia, Dagoberto I. que empezó á reynar en el año de 628 es el único que merece fixar los respetos de la razon, no por esto fué mas grande hombre y mejor rey que los otros, supuesto que la historia le echa en cara crueldades, prostituciones, violencias y rapiñas que le hicieron odioso á sus pueblos; pero sí por haber conocido por un esfuerzo del entendimiento humano (que parece superior á un siglo tan bárbaro) la necesidad de poner en orden las leyes confusas y muchas veces contradictorias, por las cuales se regian los franceses. Encargó, pues, este trabajo á los hombres mas sabios de aquel tiempo, que habia sido ya comenzado baxo Childeberto II. en el siglo precedente, y continuando en éste baxo Clotario II.; pero Dagoberto lo hizo renovar con mejor método, y tuvo la gloria de verlo concluido. Esta compilacion de leyes salicas, ripuarias, germánicas, es el mas bello monumento de aquel grosero siglo en que los verdaderos principios de la legislacion eran tan poco conocidos.

Desde mediados de este siglo comenzaron los príncipes franceses á perder parte de su poder, mientras los grandes se hacian mas poderosos: este mal se aumentó de dia en dia por la indolencia á que se abandonaron los reyes de la primera rama: el poder de los gobernadores de palacio crecia á proporcion que se debilitaba la autoridad de los soberanos. Estos ministros ámbiciosos y hábiles, que debieron su creacion y el origen de su poder á Clotario II. bien presto no dexaron á sus dueños sino el vano título de reyes; finalmente, se vieron bastante poderosos y temidos para sentarse sobre el trono, cuyo peso ya sostenian, y cuyos cargos desempeñaban: preparada esta revolucion hácia el fin del séptimo siglo, la veremos verificada á principios del octavo, haciendo nacer un nuevo sistema de política.

La confederacion de los anglo-saxones, conquistadores de la gran Bretaña, subsistia siempre en aquella isla con el nombre de Heptarchia; pero á pesar de las leyes de la union, era imposible que siete pequeños príncipes vecinos viniesen siempre en reciproca armonia. Se suscitaban zelos, se formaban pretensiones, se hacian empresas, se tomaban

las armas, faltaba el equilibrio, la armonia era interrumpida, y no se ajustaba la paz sino con el designio de romperla á la primera ocasion favorable que se presentase. Por otra parte la situacion respectiva de estas soberanias débiles y circunscriptas en tan cortos límites, se variaba frecuentemente con la muerte de los príncipes, por el carácter y talento de los que gobernaban, por el mayor ó menor influxo que tenian en los negocios públicos, y por otras causas fáciles de comprehender; pero cuya relacion seria muy prolixa. Por tanto esta forma de gobierno traia pocas ventajas, y muchos inconvenientes, no teniendo lugar sino en un pueblo pobre, sin artes y sin industria, qual era entonces el de los ingleses, desconocidos al resto de la Europa, no procurando sino mantenerse en los estrechos límites que se habian fixado: todas estas pequeñas monarquias, poco dignas de nuestra atencion, casi no son conocidas en el dia sino por la sucesion de los príncipes que las gobernaron.

El norte de la Europa estaba tambien sumergido en las mas densas tinieblas, y nada se puede decir que interese, ni que sea verosímil de las naciones que habitaban estos desgraciados climas.

ARTICULO II.

Estado del entendimiento humano respecto de las ciencias y de la literatura.

El resplandor de las ciencias y de las letras se eclipsaba mas y mas, y el entendimiento humano que empezaba á degenerar de un modo tan sensible en el sexto siglo, iba visiblemente á perder toda elevacion, toda fecundidad y todo principio de calor y de vida. Aunque el luxo y el deleyte reynaban mas que nunca en la capital del imperio griego, y las artes propias de la magnificencia, del fausto y de la molicie se cultivaban, la profesion de las leyes estaba abandonada por falta de estímulo y de emulacion: el ingenio, léjos de hacer esfuerzo para extenderse y perfeccionarse, iba perdiendo la idea de las verdades útiles y luminosas que los antiguos habian depositado en sus obras para preocuparse de ideas frívolas y vanas sutilezas. Toda la filosofia estaba reducida á ciertas nociones superficiales de